

me atrevo a intentar alguna singularidad que justifique mi modesta colaboración, es el de confesar el impacto —¡perdón por la palabrota!, uno es tan pobre de léxico— que esa obra produjo en este vascongado que, a tantas leguas y sumido en lluvia, se sintió confortado al conocerla, como si sus páginas dejaran asomar entre las nubes el sol candéal de la Mancha.

Al hojearlas, mi primera sensación fue de asombro, de ese asombro que nos envuelve a los vascongados al advertir, valga la aparente simpleza, lo fácil y correctamente que manejan el castellano los castellanos.

Ahora bien, en el caso de referencia, mi asombro me llevó al deleite de seguir aquella lectura como el curso de un limpio manantial. Aquella transparencia, aquella humedad cristalina acariciando el calcinado tema manchego, me impresionaron profundamente. Y es que ese *dejarse escribir*, diremos al desgaire, párrafos —cito sólo dos que no selecciono sino aprovecho porque los tengo a mano— como: «La poca profundidad del círculo interior y sus dimensiones, recordando las prensas primitivas, con sus embebecas de tablas e incluso con pleitas y sogas, induce a pensar que estas piedras fueron utilizadas como soporte y asiento de aquellas prensas de jaraíz», o: «El terreno pedregoso, el majanillo y el almendro silvestre y solitario entre cepas y olivas, son del monte de Villacentenos o de las caídas del Quero, hacia Berenguillo o Piédrola», nos deja turulatos.

Ese decir como de pastor, con sonos de madrigal y registros de tan pura maravilla, a muchos vascongados, amigos de las letras, nos regala, aunque a otros, como al buen cascarrabias de Unamuno, que nunca le perdonó a Cervantes el escribir, también al desgaire, su Don Quijote, les encocore.

Naturalmente, yo tenía que conocer a don Rafael, tenía que visitarle, y a su Alcázar me fui aprovechando el asueto de un día festivo de la pasada primavera. Llegué a su sede al punto del mediodía, cuando los grupos, entre rurales y concejiles, se despedían calmosamente en las esquinas del domingo. Porque en los lugares hay esquinas de domingo y esquinas de día de labor y de días de mercado y de días de cierzo; las distinguen las gentes, las distingue él cómo las doblan.

Dejando el pueblo a mis espaldas fui avanzando en la ciudad por esa calle estentórea y universal de los bares, de las gambas, de las farmacias modernizadas, de los comercios de aparatos electrodomésticos, de los escaparates escandalosos a cuyo través relucen esos muebles barnizados, repartidos en comedores, salones y dormitorios, como explicación gráfica de la inasequible propiedad horizontal.

Yo caminaba hacia un establecimiento que me habían recomendado por su cocina. Luego de almorzar, di tiempo al tiempo. Suponía que el doctor Mazuecos dormiría la siesta. En las calles contiguas a la que se llamó de Cervantes, dormían también al sol las sombras y el silencio. Una hora después llamé a su puerta para experimentar otra profunda sorpresa. En el amplio recibidor unas monjas atareadas y muchos clientes esperando. ¡Pero, señor! ¿dónde está mi caballero, el del Verde Gabán? Pues allí estaba, en su moderna clínica, con su bata blanca, la cabeza erguida, su mirada radioscópica y su elevada silueta de embajador americano que ha triunfado en el cine y en el deporte.